

## MAGALONI

Los mexicanos se encuentran cada vez menos dispuestos a cooperar con las autoridades; deben asumir su responsabilidad en la lucha contra la delincuencia.

# Ciudadanos acorazados

ANA LAURA MAGALONI

Los canales de comunicación entre las autoridades y los ciudadanos en relación con la criminalidad son aún muy precarios. Esta semana lo vimos claramente con las declaraciones del arzobispo de Durango quien afirmó que el paradero de *El Chapo* es por todos conocido en esa entidad federativa y que las autoridades no hacen nada. Las autoridades respondieron que ningún cura o ciudadano les había proporcionado esa información, a lo que el obispo de Saltillo, Raúl Vera, argumentó que denunciar "no es nuestro papel, para eso se pagan impuestos" (*El Universal*, 23 de abril del 2009).

De este incidente surge al menos una pregunta clave: ¿cómo estamos concibiendo los ciudadanos nuestro papel con relación a la lucha contra el crimen? Yo creo que en este rubro los ciudadanos nos vivimos como víctimas tanto de los delincuentes como de las autoridades. Desde esa posición es muy difícil asumir la responsabilidad que nos toca en el combate a la delincuencia. Parecería, como lo destacó el obispo de Saltillo, que el problema es del gobierno exclusivamente y, además, que éste no tiene el derecho de pedirnos hacer algo al respecto. Si bien la sensación de ser "víctimas" de delincuentes y autoridades nos genera impotencia, también nos permite sentirnos exentos de cualquier responsabilidad en el combate al crimen y la violencia.

Un caso que ilustra el extremo de esta posición es el que me comentó recientemente el subprocurador del estado de México Alfredo Castillo. Hace algunos meses un asaltante en un pesero, después de quitarle a los pasajeros sus celulares, relojes y carteras, bajó a todos del vehículo a punta de pistola salvo a tres mujeres y el chofer. El camión continuó avanzando. En un

trayecto de una hora aproximadamente, el delinciente fue violando a las mujeres una a una y disparándoles en el pecho. Dos sobrevivieron y una de ellas murió. ¿Cuántos pasajeros cree usted que intentaron contactar a la policía cuando se percataron que el delinciente se llevaba a las tres mujeres en el camión? Ninguno.

De igual manera, cabría preguntarnos ¿cuántas casas con personas secuestradas están operando en México con la complicidad pasiva de los vecinos del lugar? ¿Cuántas bodegas de coches robados operan a plena luz del día sin que nadie las denuncie? ¿Cuántos asaltos a mano armada suceden en plena hora pico de tráfico y ante los ojos de miles de espectadores sin que nadie reporte el incidente?

Es un hecho que en México los ciudadanos estamos cada día más acorazados y menos dispuestos a colaborar con las autoridades encargadas de perseguir a los delincuentes. También es un hecho indiscutible que la información clave que permite dar con el paradero de los criminales generalmente la tenemos los ciudadanos. ¿Cómo puede saber la policía cuál es la miscelánea del barrio donde se vende droga o la placa del coche donde huyó un asaltante si no se lo dice algún ciudadano? No hay instituciones policiales o ministeriales en el mundo que puedan funcionar eficazmente sin la participación de la ciudadanía. Por ello resulta clave entender bien por qué el patrón de conducta recurrente

**La información con que cuentan los ciudadanos sobre actos delictivos es clave. Es por eso que debe detenerse el deterioro de las instituciones policiales y lograr que sean dignas de confianza.**



Continúa en siguiente hoja

Fecha 25.04.2009	Sección Primera - Opinión	Página 11
---------------------	------------------------------	--------------

de los mexicanos se ha convertido en el no decir nada a la autoridad que persigue los delitos.

Una parte importante de este patrón de conducta se explica por la desconfianza y deterioro de las propias instituciones policiales. Los ciudadanos, por muy buenas razones, tenemos temor de nuestra policía. Nunca podemos tener la certeza de que al denunciar algo lo estamos haciendo frente a un verdadero policía y no frente

a un delincuente uniformado. Así, mientras que las corporaciones policiales no sean verdaderamente depuradas de los malos elementos va a ser muy difícil incentivar una mayor comunicación entre ciudadanos y autoridades. Ésta es la parte más visible del problema.

Sin embargo, existen otros aspectos menos visibles que explican el patrón de conducta de no decir nada a la autoridad. Yo creo que ello también es una consecuencia de lo que Ricardo Raphael ha denominado una ciudadanía de baja intensidad. Es decir, una sociedad que se funda sobre el privilegio, la desigualdad jurídica y la baja eficacia de los derechos civiles genera "ciudadanos" indiferentes y acorazados. Es más, es posible que la crisis de inseguridad que estamos viviendo sea uno de los efectos o consecuencias de este tipo de sociedades. Ésta es una posible explicación, lo que es un hecho es que mientras ésta siga siendo una sociedad de ciudadanos acorazados los criminales llevarán la delantera.